

Cuadernillos de Poesía Colombiana

28

José Asunción Silva

Ediciones de la Revista *“Universidad Pontificia Bolivariana”*

Presentación

Para poder penetrar en la época y en el alma de José Asunción Silva desde este cincuentenario de su muerte, es preciso retroceder cortando el espeso río de medio siglo de literatura colombiana que ha fluído hasta nosotros. Mas, antes de comenzar este viaje de ida y regreso a través del tiempo pasado, en el cual pretendemos llegar hasta la estación espiritual de su poesía, debemos despojarnos de esta vestidura moderna cuya capa es un mundo exterior colmado de objetos desconocidos en aquel tiempo y cuyas ropas interiores son una sensibilidad y unas ideas diferentes también. Sólo así, puros de corazón y de inteligencia, lograremos juzgar y sentir el ambiente en el que poeta y poesía tuvieron vida eterna.

Tomemos un boleto en el veloz transporte de la imaginación. Cerraremos los ojos para que los sucesivos paisajes líricos no nos contaminen. Un instante que vale cincuenta años, y hemos llegado. Como portal de entrada a nuestro destino, una simbólica tumba abre sus arcos al nuevo panorama que nos rodea:

“La luz vaga... opaco el día....

La llovizna cae y moja
con sus hilos penetrantes la ciudad desierta y fría;
por el aire, tenebrosa, ignorada mano arroja
un oscuro velo opaco, de letal melancolía”.

Así es la naturaleza de este país. Y recordemos que “es admirable el modo como la naturaleza secundaria al poeta”, dijo un elevado crítico de Silva.

El siglo que visitamos como ingenuos turistas, padece una gran enfermedad: el escepticismo. Esta es su peculiar posición mental ante todos los problemas y lo que hace que la vida, como asunto intelectual, aparezca a modo de un desierto en donde hay pequeños oasis de afirmación melindrosa y en donde las realidades tanto interiores como terrenas y sobrenaturales, se muestran a la manera lejana y engañosa de tenues espejismos. Por lo tanto, encerrado el hombre, especialmente el poeta, dentro de los altos muros de esta filosofía, su única escapatoria posible hacia el cosmos no podía ser más que el romanticismo. Si al alma se le han cortado las alas de la imaginación, de la sensibilidad y hasta de la inteligencia, no queda más vuelo poético que la sola emoción, el solo sentimiento de un “yo” encorsetado dentro del ámbito integral de la conciencia.

Esto es el romanticismo, la enfermedad del siglo:

que en lo íntimo de mí ser arraiga y nace,
el mal del siglo... el mismo mal de Werther,
“un desaliento de la vida

de Rolla, de Manfredo y de Leopardi.
Un cansancio de todo, un absoluto
desprecio por lo humano.... un incesante
renegar de lo vil de la existencia
digno de mi maestro Schopenhauer;
un malestar profundo que se aumenta
con todas las torturas del análisis”.

El alma de Silva, mejor dicho, su poesía, es un rectángulo que tiene por base la muerte y por altura el amor. Por este rectángulo espiritual a veces pasan ligeras diagonales de ironía y de mística; la ironía tan leve que se parece “al junco de las riveras que arruga ligeramente el cristal líquido, sin oponerse al descenso de la corriente”, y la mística tan alta que llega al misterio como un rayo de luz que atravesara negros velos. Pero la muerte y el amor son las dimensiones poéticas más amplias con que está construída la geometría lírica de Silva. Son bien pocas las poesías en las cuales una idea fúnebre no se encuentre en los últimos versos, que son, precisamente, la parte dedicada al mayor significado de toda obra estrófica. Este eterno sentimiento de la muerte, que llega en veces a ser un poco de desesperación metafísica, le dá a la poesía de Silva esa peculiaridad que un eminente crítico anota para toda la poesía del siglo pasado: “preciosista, regocijada en sí misma, abastecida de motivos generalmente muy modestos, alelada en imágenes puramente sensibles y con un vago esteticismo **que invita más bien a la melancolía que a la vida**”. Por esto resulta comprensible el que Silva realizara en su biografía el más alto símbolo de toda su obra: el suicidio, que era la vocación del siglo, el oculto sentido del escepticismo y de ese romanticismo doliente.

Indudablemente, la poesía de Silva se halla más al lado de la zona del corazón que al de las regiones de la sensibilidad o del conocimiento. Pero este corazón emotivo enviaba en sus palpitaciones de amplitud universal, torrentes poéticos que iban a tomar forma en las paredes de estéticos vasos modernistas. “Antes de Silva, la estrofa castellana era un mecanismo oxidado”, en él y después de él, ha sido una dúctil arcilla apta para la escultura de todas las expresiones poéticas. Esta fue su gran conquista, su conquista precursora, la conquista que lo hace “último” y “primero” a la vez y que lo sitúa en un punto inclasificable entre las escuelas establecidas. Además, Silva realizó la conexión entre la música y la poesía, la correspondencia perfecta entre el ritmo interior de esta con la medida armónica de aquélla. Los “Nocturnos” aparecen hoy con resonancias del “Valse Triste” de Sibelius y hay cadencias en ellos que parecen salidas de sordos atabales mozartinos. En “Día de Difuntos”, una de sus más grandes poesías, se oyen materialmente el sonido grave de la campana fúnebre y el ligero són de la campana que dá la hora en ese reloj humano.

Hay un poema épico, tal vez el único en la obra de Silva, que nos sorprende encontrarlo en él y en su época. Es "Al pie de la estatua" dedicado a Bolívar. Y es raro—por esto nos sorprende—el que un hombre escéptico, una mentalidad que nunca buscó ni quiso las verdades establecidas, las glorias consagradas y los sentimientos populares, componga un canto al Héroe y sienta su grandeza y su significado histórico.

Regresemos de este viaje temporal, de este recorrido sin espacios. Abramos hacia el contorno todas las ventanas de nuestro espíritu. Al llegar a nuestro día, desempaquemos en este cincuentenario los equipajes intelectuales que vienen cargados de los objetos de ese mundo que visitamos. Gustarán en nuestro tiempo esos objetos? Qué valor podrán tener frente a la poesía actual? Encontrarán resonancias en la actitud y en la emotividad de hoy frente a la vida? Veámoslo. Analicemos al Silva del 46, después de pasar rápidamente ante el Silva del 96.

En general, la poesía de este siglo tiene una visión más total del hombre con relación al universo. Hay en ella un polifacético espejo que refleja todas las posturas del poeta ante las cosas y el pensamiento; su ámbito conceptual penetra zonas más vitales, panoramas más humanos y espacios más cósmicos; desde una metafísica de la vida y de la muerte, parte hacia profundidades que no logró la poesía pasada, y al frente de posiciones filosóficas más integrales, avanza hasta las razones más íntimas, hasta las recónditas esencias de los seres. Dotada de una poliformidad infinita, puede sostener toda clase de verdades poéticas y es un raudal inagotable de belleza artística.

Además, como notas fundamentales, tiene goce de la vida, alegre expansión hacia el infinito, dulce recreación de la naturaleza, optimismo aún en la tristeza. Es fresca y amplia. Posee un poco de la naturaleza divina.

Lo que de ésto hubo en Silva, es lo eterno en él. Y lo hubo en la medida que puede caber en esa posición bifronte del precursor; extraña posición que siempre tiene la propiedad de ser seguida mas nunca imitada en sí. Silva vale hoy por lo tanto que hay en su obra de diferente a su siglo y a sus semejantes de entonces. Bien explica esto, el que no lo hayan comprendido sus contemporáneos y que su fama se hubiera extendido mucho después de su muerte. Mas no fue propiamente un revolucionario, puesto que no hay violencia ni cambio radical en él; pero fue un poco más: un potente transformador que unió adecuadamente la tradición a la novedad y lo establecido al progreso. Como en la estaciones de los países templados, produjo un suave tránsito del aterido otoño de la poesía romántica a la luminosa primavera de la actual.

Por lo demás, hay cierto dón personal en la poesía de Silva que le sostendrá su altura poética en todas las edades: la descripción

4

simbólica. En su mundo poético, las presencias exteriores adquieren un sentido más hondo, tienen un calado más espiritual y significativo que la simple enumeración de sensaciones objetivas. La noche, la luna, los perfumes, las músicas de alas, los perros y las ranas y "una sola sombra larga", todo en esta poesía de Silva sale de su materialidad sensorial y descriptiva, para penetrar cargada de sugerencias, en un orbe anímico en donde la única expresión inteligible es el lenguaje de los símbolos:

"Y mi sombra
por los rayos de la luna proyectada,
iba sola,
iba sola",

es algo que trasciende con quedos pasos psicológicos, desde la mera visualidad hacia

"el infinito negro
donde nuestra voz no alcanza".

La Revista de la Universidad Pontificia Bolivariana, oteando constantemente la atmósfera cultural colombiana, recoge de nuevo en su aprestigiado "Cuadernillo de Poesía", la figura de José Asunción Silva, como un oportuno homenaje en el cincuentenario de su trágica muerte. La selección de sus poesías que ahora se presenta no está hecha en atención a la calidad de cada una de ellas, sino teniendo en cuenta el corapletar el amplio círculo antológico de su obra, el cual ya había sido abierto en la anterior entrega dedicada a él.

Luis Restrepo Osorio

Ante la estatua del Libertador

Con majestad de semidios, cansado
por un combate rudo,
y expresión de mortal melancolía,
álzase el bronce mudo
que el embate del tiempo desafia,
sobre el mármoleo pedestal que ostenta
de las libres naciones el escudo
y las batallas formidables cuenta;
y su perfil severo,
que del sol baña la naciente gloria,
parece dominar desde la altura
el horizonte inmenso de la historia.
Un mundo de nobleza se adivina
en la grave expresión de la escultura
que el triunfador acero a tierra inclina
con noble y melancólica postura;
y tiene el monumento soberano,
alzado de los hombres para ejemplo,
lo triste de una tumba do no llega
el vocerío del tumulto humano—
y la solemne majestad de un templo.
Amplio jardín florido lo circunda
y se extiende a sus pies, donde la brisa
que entre las flores pasa
con los cálices frescos se perfuma,
y la luz matinal brilla y se irisa
de claros surtidores en la espuma;
y do bajo lo verde
de las tupidas frondas,
sobre la grama de la tierra negra,
loca turba infantil juega y se pierde
y del lugar la soledad alegre
al agitarse en cadenciosas rondas,
forjando con las risas y los gritos
de las húmedas bocas encarnadas,
con las rizosas cabecitas blondas
y las frescas mejillas sonrosadas,
un idilio de vida sonriente
y de alegría fatua,
al pie del pedestal, donde imponente

se alza sobre el cielo trasparente
la epopeya de bronce de la estatua.
Nada la escena dice
al que pasa a su lado indiferente
sin que la poetice
en su alma el patrio sentimiento.....

Fija en ella sus miradas el poeta,
con quien conversa el alma de las cosas,
en son que lo fascina;
para quien tienen una voz secreta,
las leves lamas grises y verdosas
que al brotar en la estatua alabastrina
del beso de los siglos son señales,
a quien narran leyendas misteriosas
las sombras de las viejas catedrales;
y al ver el bronce austero
que sobre el alto pedestal evoca
al héroe invicto de la magna lucha,
una voz misteriosa que lo toca
en lo más hondo de su ser escucha,
y en el amplio jardín detiene el paso.
Dice la voz de la ignorada boca
que en el fondo del alma le habla paso:

“¡Oh! ¡mira el bronce, mira
cuál se alza, en el íntimo reposo
de la materia inerte,
y qué solemne majestad respira
la estatua del coloso
vencedora del tiempo y de la muerte!
Que resuene tu lira
para decir que el viento de los siglos
—que al soplar al través de las edades,
va tornando en pavesas
tronos, imperios, pueblos y ciudades—
se trueca en brisa mansa
cuando su frente pensativa besa!

“En la feraz llanura
vivió feliz el indio, cuya seca
momia, por mano amiga sepultada,
duerme en el fondo de la cripta hueca
há siglos olvidado.
A la orilla del lago
en donde el agua, cuando el sol se oculta,
forja un paisaje tenebroso y vago,

há siglos vino hispano aventurero
atravesando la maleza inculca
a abreviar el ligero
corcel, cansado del penoso viaje,
cuyas recias pisadas despertaron
los dormidos murmullos del follaje!

“Como sombras pasaron!
¿Quién sus nombres conserva en la memoria?
¡Cómo escapa, perdido,
de las hondas tinieblas del olvido
un pueblo al veredicto de la historia!
¡Cuántas generaciones olvidadas,
hoy en las sombras de lo ignoto duermen,
a la fecunda tierra entremezcladas,
do el humus yace, y se dilata el germen,
que no dejaron al pasar más huellas,
con sus glorias, sus luchas y sus duelos,
que la que deja el pájaro que cruza
el azul transparente de los cielos!

“Cuántas! Y en cambio, escucha
una sola, una sola
generación se engrandeció en la lucha
que redimió a la América española
y legó a los poetas del futuro,
más nombres qué cantar, más heroísmos
que narrar a las gentes venideras
que astros guarda el espacio en sus abismos
y conchas tiene el mar en sus riberas!

“Cuenta la grande hazaña
de aquella juventud que, decidida,
en guerra abierta con la madre España,
ofrendó sangre, bienestar y vida;
canta las rudas épocas guerreras,
de luchas, los potentes paladines
de cuerpos de titán y almas enteras,
que de América esclava, los confines
—desplegadas al aire sus banderas,
y al rudo galopar de sus bridones—
recorrieron, llamando a las naciones
con el bélico son de sus clarines.
Y en la oda potente
que en sus estrofas sonoras cuente
el esfuerzo tenaz, la lidia dura,
que dieron libertad a un continente,
y al hispano dominio sepultura,

haz surgir la figura
del Padre de la Patria, cuyas huellas
irradian del pasado
en el dombo sombrío,
¡como en las noches plácidas y bellas
Júpiter, coronado de centellas
hace palidecer en la vacío
la lumbre sideral de las estrellas!

“No lo evoque tu acento,
cuando el designio soberano toma
de redimir la América oprimida,
en la hora sublime y taciturna
en que pronuncia el grave juramento,
de la cesárea Roma
en la desierta soledad nocturna;
no cuando en el fragor de la batalla,
en sus ojos la idea
con eléctrico brillo centellea,
mientras que la metralla
y el bronco resonar de los cañones
y el ímpetu del rayo
de los americanos batallones,
pavor y angustia extrema
siembran en los deshechos escuadrones
de los nietos del Cid y de Pelayo;
no cuando la victoria,
como mujer enamorada sigue
el paso audaz de su corcel fogoso
que va a beber del Rímac en las ondas,
y se le entrega loca, y lo persigue;
no cuando brinda opima
cosecha de placeres soberanos,
a sus sentidos la opulenta Lima,
ni cuando el gran concierto
de un continente, Padre lo proclama
y “árbitro de la paz y de la guerra”;
no, no lo cantes en las horas buenas
en que, unido a los vítores triunfales,
vibró en su oído el son de las cadenas,
que rompió, de los tiempos coloniales;
cántalo en las derrotas,
en la escena de grave desaliento
en que sus huestes considera rotas
por las hispanas filas,
y perdida la causa sacrosanta
y una lágrima viene a sus pupilas,
y la voz se le anuda en la garganta,

y recobrando brío
y dominando el cuerpo que estremece
de la fiebre el sutil escalofrío
grita "Triunfar".
Y la tristeza exalta
de tenebrosa noche de septiembre
cuyos negros recuerdos nos oprimen,
en que la turba su morada asalta,
y femenino amor evita el crimen
nefando. Y luego, cuenta
las graves decepciones
que aniquilan su sér; las pequeñeces
de miserables pasiones,
que por el campo el que soñó abundante
cosecha ver, desasonadas mieses,
van extendiendo miserables raíces,
en torno, cual la yerba
del vigor de los gérmenes enerva
y mata, al envolverlos en sus lazos,
de su sueño más grande hechos pedazos.
Di el horror suicida
de la primer contienda fratricida,
en que perdidos los ensueños grandes
de planes soberanos,
las colosales gradas de los Andes
moja sangre de hermanos!
Oh, ¡dí cuando clarea
el misterioso panorama obscuro
que ofrece a sus miradas el futuro,
y con sus ojos de águila sondea
hasta el fin de los tiempos, y adivina
el porvenir de luchas y de horrores
que le aguarda a la América latina.
Dí las melancolías
de sus últimos días
cuando a la orilla de la mar, a solas
sus tristezas profundas acompañan
el tumulto verboso de las olas;
cuenta sus postrimeras agonías!

"Otros canten el néctar
que su labio libó: dí tú las hieles;
tú que sabes la magia soberana
que tienen las ruinas,
y el placer huyes, y su pompa vana,
y en la tristeza complacer te sueles,
dí en tus versos con frases peregrinas
la corona de espinas

en su frente, ceñida de laureles.
Y haz el poema sabio
lleno de misteriosas armonías,
tal, que al decirlo, purifique el labio
como el carbón ardiente de Isaías;
házlo un grano de incienso
que arda, en desagravio
a su grandeza, que la tierra asombra,
y al levantarse al cielo en humo denso
trueque en sonrisa blanda
el seño grave de su augusta sombra!

“Deja que, al conmoveerse cada fibra
de tu ser, con las glorias que recuerdas,
en ellas vibre un canto, como vibra
una nota melódica en las cuerdas
del teclado sonoro;
la débil voz levanta:
inmensa multitud formará el coro;
flota en la luz del sol, estrofa santa!
Vibrad, liras sonoras del espíritu!
Alzate, inspiración; poeta. canta!.....”

“¡Oh! no, cuanto pudiera
(así el interno diálogo responde),
del poeta la voz, al bronce agosto
sugerir de emoción grave y sincera,
escrito está en la forma
que en clásico decir buscó su norma,
por quien bebió en la vena
de la robusta inspiración latina,
y apartando la arena
tomó el oro más puro de la mina
y lo fundió con cariñoso esmero,
y en estrofas pulidas cual medallas
gravó el perfil del ínclito guerrero.....
¡Oh recuerdos de trágicas batallas!
¡Oh recuerdos de luchas y victorias!
¡No será nuestra enclenque
generación menguada
la que entrar ose al épico palenque
a cantar vuestras glorias!
¡Oh siglo que declinas:
te falta el sentimiento de lo grande!
¡Calla el poeta, y si la estrofa escande,
huye la vasta pompa
y le da blando son de bandolinas

y no tañido de guerrera trompa!
¡Oh sacrosantos manes
de los que "Patria y Libertad" clamando
perecisteis en trágicas palestras:
más bien que orgullo, humillación sentimos,
¡si vamos comparando
nuestras vidas triviales con las vuestras:
Somos como enfermizo descendiente
de alguna fuerte raza,
que expuesto en histórica vitrina
mira el escudo, el yelmo, la tizona
y la férrea coraza
que, para combatir en Palestina
en la distante zona,
en la Cruzada se ciñó el abuelo;
al pensar, baja la mirada al suelo,
con vergüenza sombría,
que si el arnés pesado revistiera
de aquel cuya firmeza y bizarría
en el campo feral causaba asombros,
bajo su grave peso cedería
la escasa resistencia de sus hombros.....
¡Oh Padre de la Patria!
te sobran nuestros cantos; tu memoria
cual bajel poderoso,
irá surcando el oceano oscuro
que ante su dura quilla abre la historia
y llegará a las playas del futuro.
Junto a lo perdurable de tu gloria,
es el rítmico acento
de los que te cantamos,
cual los débiles gritos de contento
que lanzan esos niños, cuando en torno
giran del monumento;
mañana, tras la vida borrascosa
dormirán en la tumba, hechos ceniza,
y aun alzará a los cielos su contorno
el bronce que tu gloria inmortaliza".

Dice el poeta y tiende la mirada
por el amplio jardín donde la brisa
que entre las flores pasa,
en los cálices frescos se perfuma,
y la luz matinal brilla y se irisa
de claros surtidores en la espuma;
y do bajo lo verde
de las tupidas frondas,
sobre la grama de la tierra negra,

loca turba infantil grita y se pierde
y la tristeza del lugar alegre
al agitarse en cadenciosas rondas,
forjando con las risas y los gritos
de las húmedas bocas encarnadas,
con las rizosas cabecitas blondas
y las frescas mejillas sonrosadas,
un idilio de vida sonriente
y de alegría fatua
al pie del pedestal, donde imponente
se alza sobre el cielo transparente
la epopeya de bronce de la estatua.

Psicopatía

El parque se despierta, ríe y canta
en la frescura matinal.....La niebla,
donde saltan aéreos surtidores,
de arco iris se puebla
y en luminosos vuelos se levanta.
Su olor esparcen entreabiertas flores,
suena en las ramas verdes el pío, pío
de los alados huéspedes cantores.
Brilla en el césped húmedo rocío.....
¡Azul el cielo! ¡Azul!.... Y la suave
Brisa que pasa dice:
¡Reid! ¡Cantad! ¡Amad! ¡La vida es fiesta
es calor, es pasión, es movimiento!
Y forjando en las ramas una orquesta,
con voz suave lo mismo dice el viento,
y por entre el sutil encantamiento
de la mañana sonrosada y fresca,
de la luz, de las yerbas y las flores,
pálido, descuidado, soñoliento,
son tener en la boca una sonrisa
y de negro vestido,
un filósofo joven se pasea;
olvida luz y olor primaverales,
e impertérrito sigue en su tarea
de pensar en la muerte, en la conciencia
y en las causas finales!
Lo sacuden las ramas de azalea,
dándole al aire el aromado aliento
de las rosadas flores;
lo llaman unos pájaros, del nido

do cantan sus amores,
y los cantos risueños
van, por entre el follaje estremecido,
a suscitarle voluptuosos sueños,
y él sigue su camino, triste, serio,
pensando en Nietzsche, en Kant, en Voigt, en Hegel,
y del yo complicado en el misterio....

La chicuela del médico que pasa,
una rubia adorable, cuyos ojos
arden como una brasa,
abre los labios húmedos y rojos,
y le pregunta al padre, enternecida:
—Aquel señor, papá, ¿de qué está enfermo;
qué tristeza le anubla así la vida?
Cuando va a casa a verle a usted, me duermo.
Tan silencioso y triste... ¿Qué mal sufre?
...Una sonrisa el profesor contiene,
mira luego una flor, color azufre,
oye el canto de un pájaro que viene,
y comienza de pronto, con descaro:
—Ese señor padece un mal muy raro,
que ataca rara vez a las mujeres
y pocas a los hombres... ¡hija mía!
Sufre este mal: pensar..... esa es la causa
de su grave y sutil melancolía...
El profesor después hace una pausa,
y sigue:—En las edades
de bárbaras naciones,
serias autoridades
curaban este mal dando cicuta,
encerrando al enfermo en las prisiones
o quemándolo vivo... ¡Buen remedio!
Curación decisiva y absoluta,
que cortaba de lleno la disputa
y sanaba al paciente... mira el medio...
la profilaxia, en fin... antes; ahora
el mal reviste tantas formas raras,
la invasión se dilata aterradora
y no lo curan polvos y jarabes;
en vez de prevenirlo, los gobiernos
lo riegan y estimulan;
tomos gruesos, revistas y cuadernos
revuelan y circulan
y dispersan el germen homicida...
El mal, gracias a Dios, no es contagioso,
y lo adquieren muy pocos; en mi vida
sólo he curado a dos. Les dije:

—Mozo,
váyase usted a trabajar de lleno
en una fragua negra y encendida,
o en un bosque espesísimo y sereno;
machaque hierro, hasta arrancarle chispas,
o tumbe viejos troncos seculares
y logre que lo piquen las avispas;
si lo prefiere usted cruce los mares
de grumete en un buque, duerma, coma,
muévase, grite, forcejee y sude,
mire la tempestad cuando se asoma,
y los cables de popa ate y anude
hasta hacerse diez callos en las manos
y limpiarse de ideas el cerebro....
Ellos lo hicieron y volvieron sanos....!
—Estoy tan bien, doctor....— ¡Pues lo celebro!—
Pero el joven aquel es caso grave
como conozco pocos:
más que cuantos nacieron piensa y sabe;
irá a pasar diez años con locos,
¡y no se curará sino hasta el día
en que duerma a sus anchas
en una angosta sepultura fría,
lejos del mundo, y de la vida loca,
en un negro ataúd de cuatro planchas,
con un montón de tierra entre la boca!

Los maderos de San Juan

....Y aserrín
aserrán,
los maderos
de San Juan
piden queso,
piden pan;
los de Roque
Alfandoque;
los de Rique,
Alfeñique;
los de Trique,
Triquitrán.
¡Triqui, triqui, triqui, trán!
¡Triqui triqui, triqui trán!....

En tanto en las rodillas cansadas de la abuela

con movimiento rítmico se balancea el niño,
y entre ambos agitados y trémulos están....
La abuela se sonríe con maternal cariño,
mas cruza por su espíritu como un temor extraño,
por lo que en lo futuro, de angustia y desengaño,
los días ignorados del nieto guardarán....

....Los maderos
de San Juan
piden queso
piden pan....
¡triqui, triqui, triqui, trán!....

¡Esas arrugas hondas recuerdan una historia
de largos sufrimientos y silenciosa angustia!
y sus cabellos blancos como la nieve están;
...de un gran dolor el sello marcó la frente mustia,
y son sus ojos turbios espejos que empañaron
los años, y que ha tiempo las formas reflejaron
de seres y de cosas que nunca volverán....

....Los de Roque
Alfandoque....
¡Triqui, triqui, triqui, trán!....

Mañana cuando duerma la abuela, yerta y muda,
lejos del mundo vivo, bajo la oscura tierra,
donde otros, en la sombra, desde hace tiempo están,
del nieto a la memoria, con grave voz que encierra
todo el poema triste de la remota infancia,
pasando por las sombras del tiempo y la distancia,
de aquella voz querida las notas volverán....

....Los de Rique,
Alfeñique....
¡Triqui, triqui, triqui, trán!....

En tanto, en las rodillas cansadas de la abuela
con movimiento rítmico se balancea el niño,
y entre ambos agitados y trémulos están....
La abuela se sonríe con maternal cariño,
mas cruza por su espíritu como un temor extraño
por lo que en lo futuro de angustia y desengaño,
los días ignorados del nieto guardarán....

....Los maderos
de San Juan
piden queso,

piden pan;
los de Roque
Alfandoque;
los de Rique,
Alfeñique;
los de Trique,
Triquitrán.
¡Triqui, triqui, triqui, trán!....

La voz de las cosas

Si os encerrara yo en mis estrofas
frágiles cosas que sonreís,
pálido lirio que te deshojas,
rayo de luna sobre el tapiz
de húmedas flores y verdes hojas
que al tibio sople de mayo abris;
¡si os encerrara yo en mis estrofas,
pálidas cosas que sonreís!

Si aprisionaros pudiera el verso
fantasmas grises, cuando pasáis,
móviles formas del Universo,
suelos confusos, seres que os vais,
ósculo triste, suave y perverso
que entre las sombras al alma dáis;
¡si aprisionaros pudiera el verso
fantasmas grises, cuando pasáis!

Estrellas fijas

Cuando ya de la vida
el alma tenga, como el cuerpo rota,
y duerma en el sepulcro
esa noche más larga que las otras,

mis ojos, que en recuerdo
del infinito eterno de las cosas
guardaron sólo, como de un ensueño,
la tibia luz de tus miradas hondas,

al ir descomponiéndose
entre la oscura fosa,
verán, en lo ignorado de la muerte,
tus ojos.... destacándose en las sombras.